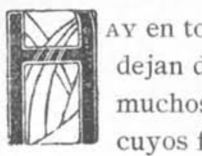


SUMARIO: I. **El principio de fraternidad aplicado a las condiciones sociales,** Annie Besant.—II. **Los Signos Divinos,** S. Guerrier.—III. **Desprendimiento,** Juan García Córdova.—IV. **Meditación,** C. W. Leadbeater.—V. **La Naturaleza del Misticismo,** C. Jinarajadasa.—VI. **De una conferencia,** Princesa Fleta.—VII. **Notas, Bibliografía.**—Pliego 27 del **Glosario Teosófico,** Roviralta.

EL PRINCIPIO DE FRATERNIDAD APLICADO A LAS CONDICIONES SOCIALES

CONFERENCIA DE ANNIE BESANT

(Conclusión)


HAY en todo país civilizado otros muchos robos que sólo dejan de serlo desde el estricto punto de vista legal; muchos de ellos, de promotores de sociedades anónimas, cuyos fraudes son muy difíciles de probar ante la ley, con la particularidad de que estas compañías sucumben siempre, arruinando a sus accionistas y enriqueciendo a sus promotores, a quienes luego se califica de afortunados. Verdad es que, desde el punto de vista social, todo esto es profundamente inmoral; pero no los podemos llamar criminales en el sentido jurídico de la pa-

labra, aunque de cuando en cuando ocurre que rebasan algo el límite legal, y entonces caen en las garras de la justicia.

Ahora bien, ¿cómo tratar a estas almas jóvenes? ¿Cómo evitar el convertirlas en criminales habituales, como lo hacemos ahora? Porque ¿hay algo más vergonzoso que un hombre que comparece ante los tribunales una y otra vez hasta acumulársele cincuenta o sesenta condenas y cuyas penas se agravan cada vez más por la circunstancia del hábito? ¡Es que se le ha hecho habitual! No es un tratamiento apropiado para un hombre que ha cometido un crimen contra nuestro sistema legal encarcelarlo por siete días, un mes o un año, prolongando el tiempo a cada retorno de la libertad temporal. No tratamos así a los enfermos. No veréis nunca a un médico prescribir ocho días de hospital a un atacado de viruela o un mes a uno que lo está de fiebre. Se retiene y cuida a los pacientes hasta que estén completamente curados, y lo mismo se debiera tratar a los que tienen tendencia al crimen. No se los debiera castigar y sí auxiliar, guiándolos como a niños que son, espiritualmente, hacia una vida honrosa.

Tampoco se debiera imponer trabajos inútiles en las prisiones so pretexto de castigo. El criminal, que en realidad es un salvaje, tiene horror al trabajo, y, debido a lo joven de su alma, es perezoso. Y si se le impone una forma de trabajo que implique castigo y no utilidad, sólo se consigue aumentar su aversión a toda clase de trabajo y hacer que lo odie mucho más a la salida de la cárcel que lo odiaba a la entrada. El ir y venir de un extremo a otro del patio cargado de balas de cañón o el inútil tormento de la rueda movida por los pies, no curan a los criminales, sino que convierten a los hombres en criminales.(1)

Cuando un criminal cae en nuestro poder hay que darle la mano como se le da a un hermano menor que no sabe andar; obliga a ello la condición de hermano mayor. Es necesario enseñarle un oficio honroso que le proporcione el medio de ganarse la vida; disciplinarle, no con crueldad, pero sí con firmeza y constancia; hacerle comprender la edificante ley de que el que no tra-

(1) Se me ha dicho que estos castigos no se imponen ya en las prisiones inglesas. Si es así, se ha dado un paso hacia adelante.

baja no debe comer, y enseñarle en la prisión a ganarse la comída antes de gozarla. Es necesario darle una ocupación que le permita ganar la vida dentro de la cárcel. Y si, ya fuera de la prisión, con el oficio aprendido en ella, encuentra oportunidad para ganarse la vida y no la aprovecha, entonces, si vuelve a caer en vuestras manos debe volver a la disciplina anterior hasta que esté enteramente curado, aun cuando haya de permanecer años y años bajo ella, porque se trata de mejorar su carácter. Podéis evitar que la vida de prisión sea degradante como lo es hoy; facilitad al preso diversiones razonables que le distraigan y cultiven su espíritu, en lugar de abandonarle entre los muros de la prisión abatido por el continuo sentir de su desgracia. Tenéis derecho a aislarle, para que no pueda dañar a la sociedad; pero debéis tratarle como a hijo del gran hogar nacional y procurar inclinarle gradualmente hacia una vida decorosa. Su deseo de una vida honesta debe ser la única llave de la prisión.

Pero mucho podéis hacer antes de que llegue el caso de enviarle a la prisión. Hay un sistema que acaba de inaugurarse aquí, llamado *sistema de prueba*, procedente de los Estados Unidos, donde ha dado grandes resultados. Un miembro de nuestra Sociedad, Miss Lucy Bartlett, ha tenido el inmenso privilegio de introducirlo en Italia, donde ha sido adoptado como ley nacional. ¿En qué consiste? Cuando un joven (varón o hembra) comete su primer delito, y se presenta un buen ciudadano, de posición acomodada y honrosa conducta ante el tribunal y dice: «Yo me encargo de este niño (o niña), muchacho (o muchacha); seré su amigo y cuidaré de él». no se le envía a la cárcel, se suspende la ejecución del castigo, y sólo se le aplica más tarde, en el caso de que no se corrija; pero esto ocurre muy rara vez. Casi siempre basta la amistad de una persona de clase acomodada hacia su *hermano* menor para inducirle al bien. El *hermano* mayor hace de él un amigo, alguna vez sale y pasea con él; le trata verdaderamente como a hermano; y es grande el poder redentor humano para restablecer en el caído la propia estimación, y es también grande el deseo de la aprobación ajena. Estos son los móviles que se deben infundir en el que acaba de entrar en el camino del crimen y que casi siempre le vuelven a la virtud; y la amistad

que se origina en la prueba perdura el resto de la vida, fortaleciendo, protegiendo e instruyendo a ambos: protector y protegido. Este sistema ha sido aplicado en los Estados Unidos por tiempo suficiente para juzgar de su valor. En Italia lleva sólo vigente dos o tres años, tiempo corto; pero son muchos los hombres y mujeres de clase acomodada que se prestan para actuar de amigos y protectores de los caídos en el foso de la ley. No se podría encontrar seguramente mejor aplicación de la fraternidad en el tratamiento de los criminales; es el cumplimiento del deber que liga a los que se hallan por encima de toda tentación al vicio con los que han caído en él.

Apenas puedo abandonar este tema sin decir algo de la pena capital. Por supuesto que nadie que comprenda el principio de fraternidad puede defenderla. Quizá algunos de entre vosotros recordaréis las palabras de un francés ocurrente: *«que messieurs les assassins commencent»*. Pero la mejora no ha de venir de abajo sino de arriba. No podemos esperar que el asesino respete la vida humana mientras vea que, según nuestras leyes, una muerte debe ser castigada con otra muerte. Es verdad que una tiene por móvil la pasión y la otra la ley; pero si la ley no enseña el respeto a la vida humana ¿cómo podrá respetarla un criminal lleno de pasiones?

Y no es este principio general el único que aboga en favor de la vida humana; hay otro mucho más importante. No podéis desembarazaros del asesino y sí únicamente de su cuerpo, que es la prisión más segura para guardarle. Encarcelándole, impedís que cometa nuevos crímenes; pero si le arrojáis del cuerpo ahorcándole, le ponéis fuera del alcance de vuestra vigilancia. No le habéis matado; no le podéis matar; sólo habéis matado su cuerpo, y a él le habéis arrojado al mundo vecino, que interpenetra al nuestro y cuyos habitantes nos rodean en todo tiempo. Y ha ido maldiciendo, lleno de ira y odio, y meditando venganza contra los que han cortado su vida. Allí se convierte luego en instigador de otros asesinatos, que incita a cometer a otros criminales. ¿No habéis observado que a veces un crimen brutal se repite una y otra vez hasta formarse un ciclo de ellos de la misma clase al rededor del primero? Ya sé que la prensa, al publicar los detalles de estos

horrores, añade la fuerza de la imaginación al poder de la tentación que viene del enviado al otro mundo. En un país civilizado jamás se debieran dar tales detalles de crímenes brutales; las gentes debieran percatarse de que, obrando así, no hacen otra cosa que estimular el espíritu de imitación y hacer más frecuentes los homicidios.

Hay otra razón que os debiera retraer de condenar a nadie a muerte. Cuando un criminal cae en vuestras manos, debierais tener en cuenta las vidas que le aguardan y debierais darle algo que llevar consigo más allá de la tumba; algo susceptible de transformarse en el otro mundo, poco a poco, en capacidad y sentido moral; debierais recordar que ha de volver a un cuerpo físico y que tenéis el deber de prepararle la encarnación futura, dándole todo lo que el pensamiento y el amor humanos pueden comunicarle de útil. Repito que tenemos un gran deber que cumplir con estas almas jóvenes, para que puedan aprovecharse de vuestra civilización en vez de sufrirla como sucede hoy con frecuencia.

¿Cual será el resultado de la Fraternidad en las cuestiones económicas? La solución de este problema exigirá seguramente las inteligencias más vivas, para idear un sistema de producción y consumo que haga la vida humana menos pesada por un lado y menos cargada de lujo inútil por otro. Pero el socialismo de las calles no resolverá estos magnos y difíciles problemas. No podéis resolverlos sin tomar en consideración todos los que se entremezclan con ellos. Un sistema de cooperación general, de reparto general de utilidades o cosa parecida, será el principio a que obedezca el cambio. A menos que hagáis al trabajador más feliz, más satisfecho de su suerte, no podréis dar al ignorante la inspección sobre aquel de quien depende su alimento; porque esto significaría la ruina. Un ejemplo os mostrará mejor lo que quiero decir con esto. Ha habido muchísimas huelgas en este país y no hay duda de que muchas de ellas fueron motivadas por la codicia de la clase directora y por el maltrato dado a los obreros; pero son muchos los casos en que han quedado los obreros en peores condiciones que antes. Estuve el día pasado en Tyneside (Newcastle) con sus puertos. Sunderland y todo el litoral adyacente fué

un tiempo uno de los centros principales de construcciones marítimas de Inglaterra; pero las huelgas consecutivas paralizaron poco a poco su actividad por la imposibilidad de acceder a sus exigencias. Resultó de esto que el gran distrito de construciones marítimas dejó de serlo, el comercio huyó de Tyneside y toda aquella región se arruinó. No se puede culpar a los huelguistas, por haber querido mejorar su condición; ellos no comprendían las dificultades a que debían hacer frente aquellas poderosas firmas; y que el aumento del salario, por más que éste no fuese elevado, imposibilitaba la construcción de buques, dadas las exigencias del negocio. Y así en infinidad de casos. Inteligencia clara y juicio circunspecto son necesarios en estas cuestiones. Muchas proposiciones se han hecho por los gremios industriales mismos: aumento gradual de salarios, tribunales de arbitraje, etc., pasos dados con certera intención; pero los tribunales de arbitraje tienen el inconveniente de que no siempre son aceptadas sus decisiones. Como van al arbitraje esperando que la sentencia les sea favorable, cuando la creen contraria a sus intereses no siempre se someten a ella. Hallábame yo el año pasado en Nueva Zelanda, cuando hubo allí un gran conflicto entre patronos y obreros. Ambas partes recurrieron al tribunal de arbitraje; pero los obreros, al ver que la sentencia les era contraria, se negaron a volver al trabajo.

No se puede emplear este sistema en las grandes cuestiones económicas. No podría una industria cualquiera fijar por sí sola el salario que los patronos pueden dar, porque la cuestión se complica por muchas consideraciones; no es una industria, es el balance de todas las industrias la que ha de decidir la cuestión. De aquí que se necesite una habilidad, un poder de comprensión y un profundo estudio de las cuestiones económicas que los trabajadores manuales no poseen. He aquí donde está la dificultad y donde se requiere un gran espíritu de concordia por ambas partes para buscar el bien común; de otro modo, sólo se conseguirá aumentar la perturbación, haciendo que los tumultos adquieran al final peor carácter que antes; y el negocio se arruina cuando las condiciones no le son favorables. Esto es exactamente lo que hoy ocurre en Australia. Personas versadas en los conocimientos mi-

mica, arrojando al hombre a la calle y cargando a la mujer con el doble trabajo del taller y de la casa. Es un imposible estado de cosas cuyo remedio se ha de buscar.

Para tratar de estas cuestiones económicas, necesitamos, pues, los mejores cerebros y los mejores corazones; los más vastos conocimientos y la más profunda simpatía. Estas condiciones, y sólo ellas, han de resolver los terribles problemas económicos de la época. No podreis resolverlas por medios violentos y crueles, ni con medidas bruscas e imprevistas. Deberéis resolverlas con sabiduría y amor, y percatándoos de que el interés de las naciones es el interés común, no de clase contra clase sino de unión de todos por el bien general de la comunidad.

«Muy bien», diréis, «pero....¿qué nos dice V. de política?» Francamente, nada os puedo decir de ella en pormenor, porque sólo trato de los principios. Sin embargo, volviendo al tema de *la libertad* con que he empezado, deseo deciros algo. El pueblo ha creído que *libertad* significa *voto*, y no puede haber mayor desatino. La libertad y el voto nada tienen prácticamente de común. El voto os da la facultad de hacer leyes, de coartar la libertad de otros; pero no añade un ápice de libertad para vosotros. Jamás, como he dicho antes, hemos gozado hasta ahora de libertad en la tierra. Hemos tenido en Inglaterra leyes de clases de todo género, pero libertad, jamás. Mirad hacia atrás en la historia, y veréis que el régimen real hizo de Inglaterra una nación. Luego vino el régimen de los barones, y no debieron de gobernar del todo mal, porque en su tiempo se la llamó *la alegre Inglaterra*, y es seguro que nadie sueña ahora en aplicarle tal calificativo. Sucedió el régimen parlamentario, que fué haciéndola cada vez más triste y sombría, y por fin luego la Inglaterra mercantil. Y, ¿quién es el que nos rige hoy? Ni los reyes ni los señores ni el parlamento del todo; sino, por un lado, el rey *Bolsa* y por el otro el rey *Populacho;* y ninguno de estos dos ha de hacer seguramente a la nación grande. La *libertad* es una grande y celestial diosa, fuerte, benéfica y austera y jamás desciende a una nación por los gritos de las multitudes ni por las pasiones desenfrenadas ni por el odio de clases. La libertad no se mostrará en el mundo externo mientras no haya bajado primero al corazón de

los hombres; hasta que el Espíritu superior, que es libre, haya dominado la naturaleza inferior, la naturaleza de las pasiones y deseos impetuosos y la tendencia a medrar oprimiendo a los demás. Podréis tener una nación libre cuando contéis con los elementos que la hayan de integrar; es decir, hombres y mujeres libres; pero ni el hombre ni la mujer son libres cuando están dominados por la sensualidad, la embriaguez u otro vicio cualquiera que no puedan reprimir. La vigilancia sobre sí mismo es la única base de la libertad. Sin ella, podrá haber anarquía, pero no libertad; y todo aumento de anarquía supone disminución de felicidad. Cuando la libertad descienda a la tierra, bajará a una nación en que hombres y mujeres hayan aprendido a vigilarse y a dominarse. Entonces y sólo entonces, con estos hombres y mujeres libres, fuertes, justos, dueños de su naturaleza, dirigida hacia los más nobles fines, podréis obtener la libertad política, que es consecuencia de la libertad individual y no el resultado de la lucha de las pasiones humanas.

(Traducido por Juan Zavala).



LOS SIGNOS DIVINOS

(Conclusión.)



La iglesia cristiana universal fué al principio la depositaria de la idea de la humanidad una: la idea del reino de Dios no es más que la idea de la fraternidad mundial. Pero la desdoblada conciencia de la Edad media falsificó esta idea y la dividió en dos ideales distintos que quedaron uno frente al otro en contradicción y enemistad irreconciliable: de una parte el ideal de la teocracia, que se esforzaba en realizar el reino de Dios en la tierra por medio del triunfo del poder temporal del representante de Cristo; por otra parte el ideal ascético, monástico del reino invisible «en nosotros mismos» absolutamente fuera

de la realidad. Sin embargo, en sus dos manifestaciones, teocrática y ascética, el ideal exotérico de la Edad media se encaminó hacia la realización de la unidad, sin tener en cuenta la fuerza creadora del alma individual: en el uno y en el otro la individualidad quedó sometido y anulada y así se rompió el nexo creador entre el microcosmos y el macrocosmos.

Solamente en las sectas esotéricas de la Edad media se conservó la tradición del Santo Graal, de la única copa de vida, del cuerpo místico de la humanidad universal y del sendero que lleva al santo umbral. Lo cantaron los trovadores, y la nueva misteriosa del reino de los hijos del hombre, de la patria lejana y eternamente cerca de nosotros siguió viviendo en el corazón humano.

Más tarde, la época gloriosa del Renacimiento, que floreció en Italia, libró a la personalidad humana de las cadenas de la Edad media, y nuevamente descubrió su valor. Salió entonces a la luz de mundo, enriquecida por su pasada experiencia y llevando consigo no solamente un estrecho ideal cívico como en tiempos antiguos, sino como un libre centro creador de una *ciudadanía mundial,* como crisol de la vida espiritual, donde se elaboraban los valores humanos, no nacionales o de confesión, sino mundiales. Entonces se restableció el lazo entre el microcosmos y el macrocosmos.

Sin embargo, más tarde, la humanidad, siguiendo el camino de desarrollo del Manas, perdió nuevamente el sentido de aquel lazo místico y viviente y se dedicó en adelante al desarrollo del aspecto intelectual de la idea de la unidad. El siglo XVIII, siglo de filosofía, construyó la teoría de las relaciones entre la individualidad y la humanidad, como si se tratase, no de fuerzas vivas, sino de dos términos de una fórmula algébrica. En los principios del siglo XIX la revolución francesa realizó en la esfera del derecho el principio cristiano de la igualdad de todos los hombres; los que eran iguales ante el Dios cristiano lo fueron también ante la ley humana. La filosofía de Kant confirmó con santa e indiscutible solemnidad la individualidad humana, como depositaria de la ley moral objetiva y abstracta, en prueba de la igualdad moral de todos los hombres.

El siglo XIX, siglo de la técnica y de la industria con sus

esfuerzos para crear un mercado mundial y único, ha juntado la humanidad de todo el globo en el plano físico. La necesidad de organizar los medios de comunicación y de intercambio creó una vasta y complicada red, parecida al sistema de la circulación de la sangre en el cuerpo físico de la humanidad reunida. Por medio de esta red tendida en el plano físico se formó entre las naciones, órganos distintos de este cuerpo, un flujo colosal, un intercambio constante de valores, no solamente materiales, sino intelectuales, estéticos y espirituales. Llegó a ser comprensible para los europeos el arte japonés, la poesía de la India; Shakespeare y Dostoiewskij fueron traducidos a la lengua nipona. Estos fenómenos eran absolutamente imposibles antes, cuando los hombres vivían recluídos en la psiquis particular y limitada de su propia nacionalidad. Nosotros, al contrario, hombres del siglo XIX, hemos nacido y nos hemos educado bajo la bandera cosmopolita, hemos recibido el bautismo en los ríos sagrados del mundo civilizado, nos hemos postrado ante todos los altares del Dios desconocido.

Y ahora que el furor bélico ha destruído la delicada red de los lazos de sangre de nuestro espíritu y nos ha arrancado lejos de los centros de cultura en los cuales teníamos la vista fija como en una segunda patria, sufrimos al encontrar en el campo enemigo, bajo el aspecto hostil, a los que estábamos acostumbrados a considerar como amigos y nos preguntamos con terror y con ansia: ¿Qué significa todo esto? ¿Hacia qué abismo de barbarie está empujada la humanidad? ¿Cómo volverá hacia el camino luminoso?

Nuestras ansias carecen de fundamento. El renacimiento del espíritu nacional, acompañado del sombrío espectro del odio contra el extranjero, no es un retroceso sin esperanza, no es un pecado sin expiación contra el espíritu de la unidad; no es más que un rompimiento pasajero y necesario, como preludio de una unión nueva y distinta.

La humanidad actual, que tanto adelantó en el camino del desarrollo intelectual, había perdido el punto de enlace con el inextinguible fuego central de su luz interior; por esto la idea de la unidad que se podía alcanzar era sólo un concepto intelectual fragmentario, no una mística realidad. Los sistemas filosóficos

del último siglo, el positivismo con sus ideales sociales, con su culto de la humanidad, las tentativas de los reformadores sociales de realizar la unidad y la fraternidad en condiciones reales de vida, todos quedaron en el siglo pasado en el primer peldaño del cosmopolitismo o sea en la unidad de una base igualadora, de una generalización que tiende a nivelarlo todo y no en la unidad de la síntesis que funde todas las antinomias.

Aquí vislumbramos algo como un límite trágico del pensamiento creador. La humanidad del siglo pasado daba vida a la idea de la unidad exclusivamente en el plano mental y la recibía a través del prisma del intelecto. En realidad ésta era la misión de la quinta raza, la que se le había señalado en el plano general de la evolución. Ahora ha llegado el momento de cumplir esta misión. La idea de la unidad se ha desarrollado por completo en el plano mental, su contenido vital ha llegado al último grado, y siendo la tendencia irresistible del espíritu de vida el crear constantemente, en la superficie mental aparecen los gérmenes de una nueva conciencia, se prepara un nuevo peldaño del *ser,* desde el cual se abarca una distinta comprensión del mundo, un distinto concepto del universo y del Yo.

Es el concepto «frente a frente», del que habla el apóstol: «Entonces yo concibo como soy concebido» el concepto del amor, la fusión del microcosmos con el macrocosmos, la unidad del mundo inmanente en el átomo del corazón.

La humanidad está en un punto nuevo preparada a pasar el umbral. La nube envuelve el altar y no nos deja ver el aspecto de la vida nueva; todo es desconocido y milagroso para nosotros, todo es silencio. Pero antes de que la humanidad pueda pasar el dintel, hay que destruir al enemigo, el guardián del umbral.

Cada iniciación, cada nueva elaboración de un aspecto del mundo espiritual se alcanza sólo por medio de una lucha terrible y mortal, cuyo horror consiste en que muchas veces ignora el neófito *contra quien y por qué* se bate. En la terrible figura del dragón o del guardián del umbral debe vencer la encarnación de su propia naturaleza inferior, el fantasma de su pasado, que le cierra el camino hacia adelante.

Las leyendas populares, que encierran en formas simbólicas

las profundas verdades de la vida oculta, cuentan que cuando el neófito mata al dragón, se reviste de su piel y ésta se transforma en espléndida loriga de escamas doradas, como luminosa dalmática de la iniciación. Esto significa que las vencidas pasiones de la naturaleza inferior deben ser no destruídas sino, después de pasar a través de «la muerte de la cruz» en el ígneo crisol de la alquimia espiritual, transformadas en la flamígera fuerza del Eros divino, del Espíritu creador del Amor.

La humanidad, de pie ante el dintel de la nueva Era, está cara a cara con el horrendo monstruo, encarnación fiel de todos sus vicios, de todas sus pasiones, de todos los pecados de su vida pasada.

Antes de que pudiera tronar la palabra de la nueva revelación, era indispensable que el abismo se abriese de par en par, se descubriese hasta el fondo en el alma humana el contraste entre el infierno y el cielo, entre el odio y el amor, para que las fuerzas mezcladas se declarasen, se alineasen y fueran «elegidas» o «condenadas». Frente a los gregarios de la tiniebla surgen los numerosos ejércitos blancos. En esta lucha mundial no se baten las naciones, sino las fuerzas polarizadas en las mismas entrañas de la única humanidad y que en un choque tremendo y como ciegos pretenden destruirse mútuamente.

La gran lucha acabará cuando la luz venza a las tinieblas, cuando la luz haya atraído hacia sí todas las tinieblas, cuando el amor esté por encima del odio y haya apagado su inmensa sed.

Entonces se efectuará el milagro. La obscura llama del odio completamente compenetrada por la luz del amor se transformará y arderá como llama de sacrificio. Entonces se levantará la nube encima del altar, la nube que impide la visión de la vida nueva y todos los beligerantes entrarán en la alegría del Señor su Dios, vencedores y vencidos, los que amaron y los que odiaron, los que se cubrieron de gloria y los que cayeron en la sombra, todos los que supieron perseverar hasta el último momento.

Quedarán rezagados, lejos del umbral, solamente los que no combatieron, los que no acudieron al llamamiento y no supieron ser ni elegidos ni condenados, ni cabríos ni corderos, los que no fueron arrastrados por el fuego o por el hielo, los que no amaron

ni odiaron, los que huyeron de la lucha, los que no presentaron su ofrenda.

«Porque los que perseveraren hasta el fin serán salvos.»

Entonces por un instante se abrirán las reales puertas del Cielo y en las profundidades sembradas de luz vivificante se unirán por un momento el corazón de la humanidad y el corazón del universo y se cumplirá la antigua palabra: «Tat twam asi.»

S. GUERRIER.

(Traducido del «Viestnik Teosofij» de Petrogrado, mayo-junio 1915, por Atilio Bruschetti).



DESPRENDIMIENTO

C. E. O.

Al ponernos a mirar,
Esas esferas radiantes,
Esos astros rutilantes,
Que navegan sin cesar...
Si sus rayos observamos,
Sus destellos, su fulgor,
Y a compás de nuestro ardor
Al espacio nos lanzamos...
Si nuestra incierta mirada,
¡Ay! pretende descifrar
El misterioso brillar
En la atmósfera azulada...
Si el corazón se extasía
Ante el fulgor de los astros,
Y va siguiendo los rastros
Que el éter supremo envía...
Si brota en el corazón
Como un bienestar ignoto,
Si el velo espeso se ha roto
Por esa bella visión...
Si nuestro ser se adormece,
Y en los ojos desprendida,
Una lágrima perdida
En los labios desfallece.

Señal es que su envoltura
El espíritu abandona,
Goza libertad, reacciona
Por amor, que le satura.
Se eleva al cielo un momento,
Y en medio de tal grandeza
Adquiere la fortaleza
Para recobrar aliento.
Entonces el corazón
Se hace digno y purifica,
El mismo se glorifica,
Atomo de la Creación.
Cuando de dicha inpregnado,
El espíritu retorna,
Con la belleza se adorna
Por el amor reflejado.
Es un momento de vida,
Es para el alma un consuelo,
Es recobrar..., por el vuelo
Una «Esperanza perdida.»
Cual esa visión quisiera
Tener la del Instructor.
Ojalá! que su fulgor
Pronto el planeta lo viera.

JUAN GARCÍA CÓRDOBA.

MEDITACION



UCHOS de nuestros miembros se forman de la meditación un concepto inexacto, por la sencilla razón de que no comprenden su manera de operar. Porque no han experimentado un sentimiento de dicha intenso o de exaltación después de la meditación, o porque se han sentido ofuscados, deprimidos e incapaces de meditar, han deducido que la meditación es cosa inútil y que no podrían practicarla. A ellos nada les parece real, no tienen ninguna certeza, y sienten que no progresan. Créense en cierto modo responsables de este estado de ánimo, repróchanse vivamente, pero preguntan a menudo cómo podrían remediar tal estado de cosas y recobrar el goce que antes sentían.

Así pues, es un hecho que estas cosas suceden a cuantos anhelan la vida espiritual. Los místicos cristianos hablan con frecuencia de los sufrimientos que experimentan en ciertos períodos, a los que llaman «la aridez espiritual»; entonces nada les parece de utilidad y tienen el sentimiento de haber perdido por completo a Dios de vista. Imaginad que estoy sentado cerca de una ventana abierta que da a un magnífico paisaje montañoso, pero que el cielo está obscuro, cubierto de una capa de nubes cuyo espesor puede tener algunas millas. No he visto el sol desde hace tres días; no puedo sentir sus rayos, pero sé que está allí y que llegará día en que al disiparse las nubes, como sucede siempre, el sol aparecerá de nuevo. Lo que conviene para la vida del mundo es que el sol esté *allí*, no que yo lo vea; en verdad, es más agradable verle y sentir su calor, pero el verlo no es necesidad de la vida. Comprendo muy bien lo que estas personas experimentan y nada nos consuela aunque se nos diga que nuestros sentimientos importan poco, aunque el asunto sea muy real en cierto sentido. Convendría recordar que nuestra meditación tiene muchos objetos:

1.° Obligarnos, a pesar de las cosas materiales en que estamos sumergidos, a ensayar todos los días cuando menos un instante a elevar nuestro pensamiento hacia un ideal superior.

2.° Conducirnos más cerca del Maestro y del Logos, de ma-

nera que puedan derramar Su poder en nosotros, y por nuestra mediación al mundo.

3.° Adiestrar a nuestros cuerpos superiores, por una constante práctica, a responder a las vibraciones de orden superior, y hacer con ellos lo que hacemos con el cuerpo físico por medio de ejercicios regulares o de un sistema especial de gimnasia.

Así observaréis, por el júbilo que sintáis, si alcanzáis o no estos objetos. Un error común a muchas personas es la creencia de que la meditación ha sido inútil porque no les ha satisfecho. Se parecen en esto al niño que estudia diariamente el piano durante una hora. Este estudio le gusta algunas veces, pero lo más frecuente es que sea para él una contrariedad y su sola preocupación es terminar lo antes posible. Los niños no saben, como nosotros sabemos, que cada hora así transcurrida da a sus dedos el automatismo necesario, le aproxima cada vez más al momento en que la música le proporcionará un placer del cual, por de pronto, no puede ni remotamente formarse idea. Observad que este objeto se alcanzará, tanto por las horas de estudio desagradables a él consagradas, como por las agradables.

Lo mismo sucede con nuestra meditación. Algunas veces nos llena de gozo y nos transporta; otras veces, no sentimos nada; pero en ambos casos ha producido su efecto en nuestros cuerpos superiores, como ocurre con los ejercicios de gimnasia en nuestro cuerpo físico. Es más agradable tener lo que se llama una «buena» meditación; pero la única diferencia entre lo que nos parece una buena meditación y una meditación mala, radica en los efectos que cada una produce a nuestro parecer, y no en el positivo resultado para nuestra evolución.

Esta tristeza no proviène siempre de nosotros, o más bien, no podemos decir siempre, de un modo razonable, que ha sido nuestra la culpa. Esta razón es puramente psíquica y resulta a menudo bien de una excesiva fatiga o de una depresión nerviosa, o de las influencias astrales y mentales del ambiente. Naturalmente que esto nos ocurre por nuestro karma o destino, y en consecuencia somos responsables en esta proporción; pero tenemos el deber de sacar el mejor partido posible y no desesperar ni perder el tiempo reprochándonos.

Otra razón quizá es que, en ciertos momentos, las influencias planetarias son más favorables que en otros. Yo no he experimentado nunca esto por mí mismo, llegando siempre, de grado o por fuerza, a seguir la dirección que yo deseaba sin preocuparme de las influencias planetarias; pero uno de mis amigos me ha referido que un astrólogo le había dicho que en ciertos momentos, cuando Júpiter y la Luna ocupan ciertas posiciones relativas, ocurre una expansión de la atmósfera etérea que facilita la meditación diaria durante tres o cuatro semanas, y pudo comprobar que los resultados concordaban con dichas influencias. Le dijo también el astrólogo que, por otra parte, ciertos aspectos de Saturno hacen pesada la atmósfera etérea y dificultan entonces la meditación, lo cual también pudo comprobarlo.

El pensamiento más elevado que podemos tener es el del Señor Supremo; pero no hay que imaginar que nuestro pensamiento pueda en lo más mínimo alterar la actitud del Supremo para con nosotros. Como estudiantes que somos, debemos desde hace tiempo haber transpuesto el estado en que el hombre aún cree poder alterar la actitud del Supremo, porque esta idea puede subsistir en el hombre ignorante desprovisto de inteligencia filosófica. Pero seguramente quedamos influídos al abrir nuestro corazón al Señor. Si abrís la ventana de vuestra habitación para que el sol la inunde, las condiciones de vuestra habitación cambiarán; pero el sol no experimentará cambio alguno por haber penetrado en ella. Abrid, pues, al Señor las ventanas de vuestra alma.

Durante la meditación, podemos llevar nuestro pensamiento al Señor Supremo considerándole residente en todas las cosas y todas las cosas en El. Tratad también de comprender cómo el Yo se esfuerza en manifestarse a través de las formas. Un buen método para esto es identificar nuestra conciencia con la de diversos seres, tales como una mosca, una hormiga o un árbol. Tratad de ver y sentir las cosas como ellos las ven y las sienten hasta que, penetrando más internamente la conciencia del árbol o del insecto, se desvanezcan para que se manifieste la vida del Logos. Somos bastante superiores al árbol y a la hormiga y no hay, por lo tanto, ningún peligro de que nos veamos incapaces de

retirar nuestra conciencia una vez terminado el experimento. En suma, no la aprisionamos en la forma del árbol o de la hormiga, sino que la ampliamos para que penetre en ella la vida bajo todas sus formas. El hombre que procede así por primera vez, experimenta generalmente un sentimiento de sorpresa al darse cuenta de las limitaciones a que los animales están sujetos. Creíamos que el animal obraba de cierta manera, impulsado por razones al parecer absolutamente evidentes; pero cuando realmente penetramos en la conciencia animal, comprobamos que sus intenciones y motivos son completamente diferentes.

El discípulo debe proceder del mismo modo con las clases inferiores de los seres humanos; de lo contrario no les podrá ayudar eficazmente.

Esto nos capacita para penetrar hasta el fondo de las cosas, y allí encontrar al Yo, lo que disipa el sentimiento de aislamiento y obscuridad que a menudo se apodera de nosotros en una etapa de nuestro desarrollo espiritual. Una vez adquirida la certeza de que formamos parte de un todo, el lugar que ocupe este fragmento especial nos importa muy poco, así como las experiencias por las cuales pasa actualmente. Sea cual fuere el sentimiento de soledad que experimentemos, sentiremos, no obstante, que jamás estamos solos. El Maestro está siempre allí, dispuesto a ayudarnos cuando la ayuda sea posible. Es preciso cesar de apegarnos a las formas particulares y no tener sino un objeto único: el de hacer la voluntad del Logos. Hay que impedir que el sentimiento de soledad nos haga olvidar al Maestro y perder nuestra confianza en El, pues ningún progreso es posible si no tenemos completa confianza en el Maestro; pero una vez hecha la elección, *debemos* depositar toda nuestra confianza en el Instructor y en el mensaje que nos trae.

Para dominar la mente es preciso primero apartar los sentidos de los sonidos y visiones externas, y hacerse insensible a las oleadas de emociones y pensamientos que vienen de los demás. Esto es relativamente fácil; pero el estado que sigue es muy difícil, pues entonces surge una perturbación interior que proviene de la actividad no dominada de la mente. La meditación de la mayor parte de los principiantes consiste sobre todo en la lucha para

conducir la mente al punto apetecido. A este estado se refiere el consejo de *La Voz del Silencio:* «La mente es el destructor de lo real, mate el discípulo al destructor». Naturalmente, no es la mente lo que hemos de destruir, sin la cual no podríamos hacer nada, sino que es preciso dominarla; está en vosotros pero no es *vosotros.* El mejor medio de impedir que la mente divague, es el empleo de la voluntad. Se ha indicado a menudo que el discípulo debería ayudarse formando una cáscara a su alrededor; pero al fin y al cabo todo esto no es más que andar con muletas. Desarrollad la voluntad y podréis prescindir de ellas. También el cuerpo astral pretende imponerse y haceros creer que sus deseos son los vuestros, mas es necesario proceder con él de la misma manera.

Si hay límites para el acrecentamiento de las fuerzas del cuerpo físico, parece no haberlas para el desarrollo de la voluntad. Felizmente ésta puede ejercitarse en todos los actos menudos y ordinarios de la vida cotidiana y durante todo el día, no existiendo mejor ejercicio. Le es más fácil a un hombre acumular toda su energía para afrontar un martirio trágico ante una compacta multitud, que dedicarse día tras día, año tras año, a los enojosos deberes de la vida, con gentes poco simpáticas. Este último caso necesita esfuerzos de voluntad más poderosos que el primero. Pero debéis cuidar que los demás no sufran por vuestros esfuerzos para desarrollar la voluntad. Hay personas que, so pretexto de trabajar por el ideal y demostrar su fuerza de voluntad, abandonan familia y amigos para dedicarse a toda suerte de prácticas de ascetismo. Esto es bueno cuando se tiene completa libertad. Pero un hombre que con este fin abandona a su esposa e hijos, o aun el hijo único; que abandona a los padres, de quienes era único sostén, falta a todos sus deberes, lo que no es permitido a nadie, ni aun con los móviles más elevados.

El resultado de una meditación sostenida es hacer que penetren en nuestros cuerpos las clases de materia más sutiles. En este estado sentimos a menudo elevadas emociones que provienen del plano de la sabiduría o razón pura, o se reflejan en el cuerpo astral, y bajo su influencia podemos realizar hermosas acciones y demostrar gran abnegación. En este caso, el desarrollo de los

cuerpos mental y causal es necesario para mantenernos firmes y equilibrados; de lo contrario, las espléndidas emociones que se han adueñado de nosotros podrían desnaturalizarse facilmente y arrastrarnos por derroteros menos hermosos. El sentimiento por sí solo no puede mantenernos firmes y equilibrados. Conviene que los sentimientos elevados se apoderen de nosotros, y cuanto más poderosos sean, mejor para nosotros. Pero esto no basta; debemos adquirir también la sabiduría y la tranquilidad, pues necesitamos de un poder director así como de una fuerza motora.

La iluminación puede implicar tres cosas completamente diferentes.

Primera, el hombre que medita profunda y cuidadosamente sobre un tema, llega a sacar una conclusión.

Segunda, puede esperar obtener cierta iluminación de su Yo superior, es decir, puede darse cuenta de que el Ego, en su propio plano, piensa del tema en cuestión.

Tercera, que el altamente desarrollado puede relacionarse con los Maestros o con los devas. Sólo en el primer caso pueden sus conclusiones estar influidas por sus propias formas de pensamiento. El Yo superior, así como un Maestro o un deva, están por encima.

Estos no tienen ningún inconveniente en presentarnos las cosas tal como son; pero no olvidemos el deber no solamente de asimilarnos las enseñanzas, sino también hacer que desciendan al cerebro físico donde comienzan inmediatamente a colorearse con nuestros prejuicios. Lo que obtenemos en la meditación depende de lo que hacemos todos los días. Si en la vida ordinaria nos hemos creado prejuicios, no podremos evitar que nos dominen durante nuestra meditación; pero si nos esforzamos pacientemente en desarraigarlos y aprender que el modo de obrar de los demás es tan bueno como el nuestro, nos prepararemos al menos a observar una actitud benigna y tolerante que seguramente se prolongará más allá del tiempo consagrado especialmente a la meditación. Nos es fácil ver los aspectos siniestros de toda idea o sugestión nueva, pues saltan a la vista. Pero también conviene buscar el bien que no siempre se encuentra tan fácilmente.

Para el desarrollo de las potencias del alma es condición esen-

cial el dominio del pensamiento. Cuando el pensamiento está gobernado y la voluntad es poderosa, pueden obtenerse importantísimos resultados en diferentes direcciones. Muy eficaz auxilio puede prestarse tanto a los vivos como a los muertos, a los enfermos y a los afligidos, para así fortalecerlos en gran manera. Conviene que todo miembro se forme el propósito de consagrar cada día cierto tiempo a enviar nuestros pensamientos a las personas conocidas además de la meditación para su propio desarrollo. Lo mismo se puede hacer durante la meditación de los grupos. Los pensamientos de todos pueden concentrarse algunos instantes en los afligidos por alguna pena o enfermedad, tratando de confortarlos, darles energías o consolarlos. El mismo poder utilizado de diferente manera es capaz a menudo de curar los males físicos.

A las personas cuya morada es suficientemeute espaciosa, les aconsejo que consagren un aposento especial para la meditación. No hay inconveniente en que se reunan en grupos, si las personas que lo componen son sinceras y están en armonía, aunque sólo en este caso; por lo tanto, esforzaos al venir a nuestras reuniones en desechar todos los prejuicios y rencillas de vuestra vida diaria, pues de no hacerlo así, no solamente perjudicaréis a los demás sino que también os perjudicaréis a vosotros mismos. Elevad siempre vuestro pensamiento hacia el Maestro, y si lo hacéis con fé y confianza, pronto sentiréis su santa influencia y en efluvios de dulce paz descenderá a vuestros corazones.

C. W. Leadbeater

Traducido de «El Ocultismo en la Naturaleza», por L. A.

Nosotros que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestra propia satisfacción.

Aquel que causando sufrimientos a otro quiere obtener placer para sí mismo, se liga con los lazos del odio, del que jamás se verá libertado.

La Naturaleza del Misticismo

POR C. JINARAJADASA



ICE un antiguo adagio griego: «Muchas son las cosas maravillosas, pero nada más maravilloso que el hombre.» Este pensamiento ha sido desarrollado en múltiples filosofías para revelar al hombre que sus elementos superiores participan de la naturaleza de Dios, como los más preciados elementos de la Divinidad participan de la naturaleza humana.

El estudio del hombre llega a ser un ejercicio espiritual si buscamos el Dios en el hombre, importando poco la naturaleza de las actividades humanas que consideremos, porque el hombre es la sombra en tanto que Dios es la luz, y en todas las humanas acciones, buenas y malas, el Alma del mundo busca la noción de sí misma.

Ahora bien, los hombres pertenecen a tipos muy diferentes; mas para el objeto que nos proponemos, que no es otro que el estudio del misticismo, los dividiremos en tres grupos o clases, según su temperamento considerado por su reacción con el medio exterior. Existe, en primer término, el tipo *práctico* cuya caracteristica es de reaccionar ante un objeto o acontecimiento según la *utilidad* que le preste. El que pertenece a este tipo se cuida poco de la verdad abstracta, porque si se le representa un objeto o una idea, su primera pregunta es: «¿cuál es su utilidad?» ejercitándose, por tanto, en distinguir las cosas por su provecho.

El segundo tipo es el llamado *científico*, que reacciona con relación a la *forma* del acontecimiento o del objeto. ¿Cual es su naturaleza, su causa, cómo ha sucedido y qué consecuencias puedo inferir? Tales son las naturales preguntas que ante todo formulan los pertenecientes a este tipo, deseando conocer en primer término la verdad, para inferir después su utilidad con relación a la conducta que han de seguir.

El tercer tipo es el *místico* que reacciona por los *sentimientos* y para quien la utilidad o valor de las cosas sólo aparece después de pasar por la criba del sentimiento. Para este tipo, el supremo criterio es: «yo siento, luego soy, y por lo tanto sé.»

Aunque los hombres se agrupen en los tres tipos principales, el práctico, el científico y el místico, ningún individuo presenta un tipo puro sin mezcla de los otros temperamentos, sino que cada hombre está caracterizado por una cualidad predominante, interviniendo las otras dos para modificar el tipo fundamental a

que pertenece. Así los místicos no están necesariamente desprovistos del elemento científico o del práctico, de igual manera que las gentes prácticas no están desprovistas de misticismo; pero, en conjunto, la vida mística lo es de sentimientos, y el mensaje del misticismo consiste en el valor que da a la vida trasmutada por los sentimientos.

La primera, sino la principal, característica del místico, es que el mundo exterior se transmuta continuamente para él, en un mundo interior de sentimientos; vive para este mundo interior, en el que funda su apreciación de la vida en el mundo exterior. Es, por lo tanto, extremadamente individualista, porque sólo reconoce por autoridad la creciente vida de su propio mundo interno, con exclusión del mundo interno de los demás. Aunque, entre un grupo de místicos, sea el más joven, es en cierto modo su igual, y cuando enuncia su propio mensaje es *primus inter pares*. La más profunda humildad y la confianza suficiente bordean su carácter, por que es tal el misterio de sus sentimientos, que aun cuando todo lo ignore, si se coloca en el punto de vista de la razón, puede conocer el Todo desde el punto de vista del Espíritu.

En nuestro exámen del misticismo debemos distinguir el místico del hombre piadoso. Ambos pueden ser «religiosos» y afiliados a una creencia o rito, pero el hombre piadoso otorga a la autoridad de una iglesia o al valor de una ceremonia una confianza que no encuadra en el temperamento del místico, quien no quiere ser guiado por la autoridad sino cuando lo juzga conveniente. Mientras el hombre piadoso está pronto a someter su voluntad a la de un superior, el místico afirma la suya, y por esto es primordialmente individualista, aunque en el corazón del verdadero misticismo se encuentre un individualismo tal, que abarcando el mundo entero hace del mismo un vasto todo.

La vida mística es tan universal y engloba de tal modo los procesos de la vida, que no puede explicarse suficientemente lo que constituye el misticismo. Tratemos en primer término de analizar las categorías del misticismo, con la esperanza de llegar a una síntesis por el exámen de los numerosos hechos que se nos ofrecen.

Existen seis tipos principales de misticismo, a saber:

1.° El misticismo de la gracia.
2.° El del amor.
3.° El panteista.
4.° El de la naturaleza.
5.ª El de los sacramentos.
6.° El de la Teosofía moderna.

En el estudio de cada uno de estos tipos consideraremos cuatro elementos principales: A) el Tema, B) el Método, C) el Obstáculo, D) el Ideal.

Deberá observarse que ningún tipo de misticismo está limitado a una religión o creencia particular, porque el misticismo es la vida del Espíritu, que no puede recluirse en los límites de las religiones, semejándose a una majestuosa corriente cruzada de canales según sus necesidades; y en una religión dada puede no haber más que un canal de corriente mística, como puede también haber varios, y por otra parte puede existir el misticismo con ausencia de toda religión.

En nuestro estudio nos será evidentemente imposible seguir un tipo particular en sus variadas manifestaciones, no haciendo otra cosa los ejemplos que ilustrar las modalidades místicas. Teniendo siempre presente el limitado carácter de nuestro estudio, procedamos ahora al sucesivo exámen de los diferentes tipos de misticismo.

* * *

El Misticismo de la Gracia

El tema. Es el pensamiento de que entre la naturaleza del hombre y la de Dios existe un abismo que sólo la gracia divina puede colmar. Se reputa al hombre como nacido con predilección por el pecado, siendo congenitamente demasiado débil para resistir a la tentación, a la que necesariamente debe sucumbir. Así encontramos en la Imitación de Cristo estas palabras:

No hay ningún orden tan santo, ningún lugar tan secreto, que no pueda deslizarse en él la tentación o la adversidad.

No hay hombre alguno que durante su vida terrestre escape enteramente a la tentación, porque ésta toma su raíz en nosotros mismos que nacimos con tendencia al mal.

Cuando una tentación o tribulación desaparece, sobreviene otra; siempre nos será preciso sufrir por algo, porque estamos alejados de nuestro estado de felicidad.

Así debe el hombre estar siempre lleno de contricción porque «no hay nada sano en nosotros» y debe confesar sus pecados a su Creador. El arrepentimiento es la primera condición para recibir la gracia. La idea del pecado ocupa preeminente lugar en este concepto del hombre, siendo preciso reconocer nuestro pecado antes de que nos alcance la gracia divina. Así descubrimos en el siguiente himno cristiano todos los elementos de este tipo de misticismo:

Vano es el signo del dolor,
Vana la forma del ruego,
Si el corazón no implora ayuda,
Si está ausente la penitencia.

Así llenos de sinceros deseos,
Roguemos a Dios, al que ofendimos,
Para que aleje su cólera
Y suspenda el castigo.

¡Oh! justo juez. ¡Oh! digno padre
Evítanos nuestras desgracias;
Danos tiempo para arrepentirnos;
Haz que tu gracia nos acompañe.

En este misticismo, la idea de la grandeza y omnipotencia de Dios es tan vigorosa, que a veces toma el estraño aspecto de temor. «El temor de Dios es el principio de la sabiduría» (Prov. 9-10) y este temor llega a ser una fuente de inspiración y no un motivo de abatimiento. Para los que no comprenden la idea encerrada en este versículo parece chocante, pero a decir verdad no se trata aquí del temor sino de una emoción indescriptible que paraliza el pensamiento mientras el alma contempla ante sí la Divinidad. Para las personas acostumbradas a la dulce y amarillenta luz de una usual lámpara eléctrica, resulta cegadora y fría como el acero la viva luz del arco voltaico, a pesar de que bajo todos aspectos sea más perfecta, pero nuestra vista no se ha acostumbrado a ella. Lo mismo sucede respecto a la visión de la Divinidad en este sendero del misticismo. Esta visión engendra la sabiduría, aunque su primer efecto sobre una naturaleza no acostumbrada a ella sea un sentimiento de temor y de emoción.

Es una de las formas del «temor al Eterno» que encontramos en la gran visión de la Divinidad mostrada a Arjuna por Shri Krishna y descrita en la estancia oncena del *Bhagavad Gitâ* cuando el Eterno aparece fuera de los límites del «tiempo que desola el mundo» del «tiempo que se manifiesta sobre la tierra para matar a la humanidad», y Arjuna ve las pujantes cohortes celestiales que con sagrada emoción contemplan a la Divinidad:

«De terror me estremezco y de espanto los mundos tiemblan ante Tu potente Forma de múltiples ojos y bocas, de largos brazos e innúmeros pies y piernas, de anchurosos pechos y espantables dientes.»

«Irisado y radiante, al cielo tocas con tus reabiertos ojos y tus abiertas bocas; y al verte así tiemblo en lo íntimo de mi ser ¡oh Vishnú! y desfallezco y me conturbo.»

El culto de Siva ofrece algo análogo a este misticismo en la alegoria de Siva, el Destructor, que frecuenta los lugares de incineración, el Asceta supremo coronado de cráneos. En todo lo

mejor que contiene, en Káli, la Madre, encontramos entremezclados igualmente los pensamientos de temor y de ternura, la noción de un esplendor temeroso y de una maternidad dispensadora de beneficios.

El Método. La oración es el medio que permite franquear el abismo entre Dios y el hombre. Aunque en el fondo de su corazón sepa el hombre que Dios le perdonará y no duda de que le será acordada la gracia divina, esta convicción es, sin embargo, insuficiente. El acto que tiende el puente sobre el abismo es la oración; suprimidla y no se operará el milagro. Por esto, en este tipo de misticismo, se da tanta importancia a la oración y se hace pensar sobre la indignidad del hombre a fin de evocar en él la humildad que logrará el éxito del mágico efecto de la oración.

El Obstáculo. En este tipo de misticismo, es el diablo que intenta separar al hombre de la vida espiritual y está representado por la confianza en sí mismo. El pensamiento de que en definitiva no somos tan grandes pecadores como parecemos ser; de que podemos hasta cierto punto prescindir de toda ayuda para recorrer nuestro sendero, y de que el hombre, imágen de su Creador, no puede correr el peligro de ser castigado por un Dios lleno de amor, son afrentosas herejías que roen el alma y debilitan el carácter. La confianza en sí mismo es la gran ilusión que envuelve al hombre en los pliegues del pecado. Tal es lo que proclama este tipo de misticismo.

Es preciso advertir muy especialmente que en este sendero la adquisición del conocimiento dista mucho de ser recomendada, porque sólo debe haber un conocimiento digno de adquisición, el conocimiento de la gracia de Dios. Las artes y las ciencias son más aptas para inducir a error que para guiar: «Guárdate de un desordenado deseo de conocimiento, porque es fuente de distracción y engaño.» Se ve distracción lo mismo en el canto, que en la danza y en el teatro, y en esta ruta de tentación no puede percibirse la faz de Dios. «Trata, por lo tanto, de alejar tu corazón del amor de las cosas visibles y dirigirlo hacia lo invisible.»

El Ideal. El hombre justo es el verdadero místico de este tipo. Su ideal no es ser sabio, compasivo o devoto, sino justo, es decir, sentir en su corazón un perpetuo combate entre el bien y el mal y manifestar la victoria ganada por Dios, siendo ante los hombres ejemplo que los conduzca hacia El. Los profetas del judaismo pertenecen claramente a este tipo, y cuando emplearon su interior concepto en modificar la vida de su país llegaron a ser místicos prácticos de extraordinarias aptitudes.

(Continuará)

(Traducción de J. Pavón.)

DE UNA CONFERENCIA

El domingo 9 de febrero, dió en el local de «Rama Arjuna» una interesante conferencia el veterano propagandista de los ideales espiritualistas Dr. D. Raymundo Comet.

Los que tuvimos el placer de oirle, guardaremos de su disertación sencilla, desnuda de galas retóricas, suplidoras a veces de la idea feliz que eleva el alma, recuerdo indeleble.

Improvisó, y fué por esto su conferencia, más que tal, una ingenua exposición práctica, una familiar conversación de su profunda experiencia de la vida y de los hombres, adquirida durante largos años en el campo de la medicina, amparado siempre por los ideales teosóficos y espiritualistas.

Explicó su primera gran impresión, experiencia despiadada cuando en sus años juveniles, repletos de ideales ensueños e ilusiones, mandáronle extraer el corazón del cadáver de una amiguita suya, de grandes prendas morales, que él conoció y apreciaba. Y en el anatómico y frio estudio de aquel trozo de carne podrida, no halló ni un hálito del sentimiento vivificador del palpitante corazón de su amiga...

Buscó anhelante el misterio en los estudios fisiológicos, en la patología, en los superiores estudios médicos, en los complementarios prácticos y no halló en la ciencia una satisfactoria explicación donde encontrar el tenue hilo de la vida que escapa a la palpable experimentación. Solo la filosofía, el ocultismo, las sabias doctrinas teosóficas unidas a un profundo estudio práctico, lleváronle a descifrar la existencia de la *vida* más allá de lo que abarcan nuestros sentidos físicos.

Por esta falta de anhelo de investigación, de voluntad y de ideales, el mundo atraviesa ciego el torbellino de fuerzas opuestas, de poderes en pugna, el periodo cíclico de prueba para todos. Confesó que la mayoría de enfermos lo eran internamente, por desequilibrio mental y emotivo. Y con razón dijo que la medicina no cura a las almas... Solo es capaz de curarnos nuestra voluntad misma, haciéndonos superiores al ciego impulso de las pasiones y mantenernos siempre a la debida altura en aras del ideal firmemente sentido y practicado.

Expuso su profundo convencimiento en la evolución, comparando sus diversas etapas a los anillos de una espiral; cuanto más grande proyecta el círculo, más se sumerge en el lodazal de las pasiones y sufrimientos; pero también, por ley de reacción, ley infalible, vislumbramos en lo alto del círculo ascendente un por-

venir glorioso para la humanidad, de armónico equilibrio, de amor y de belleza...

Dedicó, para finalizar, breve frases de admiración al Maestro Raymundo Lulio, comparando sus definiciones con las de la Teosofía de un modo exactísimo.

Y con la tranquila y dulce expresión que le caracteriza, dió las gracias a la selecta concurrencia y a la casa, siendo digno corolario de tan hermosa conferencia las breves palabras que D. Ramón Maynadé pronunció glosando su disertación y agradeciendo la amabilidad del ilustre conferenciante.

PRINCESA FLETA.

NOTAS

Valencia.—Con intensa satisfacción nos enteramos del definitivo ingreso en la «Rama de Valencia» de los hermanos, miembros de la S. T. que integraban el «Grupo» de la calle del Bisbe, pasando algunos de ellos a ocupar cargos en la Junta de dicha «Rama» y en el Grupo de la «Orden de la Estrella de Oriente», haciendo así una verdadera fusión saturada de fraternidad, hasta el punto de que con espiritual entusiasmo proyectan instalarse en un nuevo local más amplio que permita el desarrollo de sus actividades de acuerdo con el sentimiento que los anima para desplegar tan intensa como prudente propaganda espiritualista. Cabe pues, la posibilidad de establecer lazos con nuestros hermanos los espiritistas racionalistas, quienes en su día, y sin necesidad de fusionarse, podrán colaborar en las ideas y propósitos comunes. Si esto lograra felizmente realizarse, podrían hacer mucho en favor de la extraviada sociedad, supeditada en general a un materialismo dominador, del que se la podría aliviar anunciándole un ideal que armonizara sus sentimientos sin menoscabo de sus particulares convicciones políticas o religiosas, lo cual es posible dentro de la amplia ciencia de la Fraternidad.

Mucho esperamos de tan útil como grata fusión de los hermanos teósofos de Valencia, quienes, recordando sus valiosas cualidades, y al hallarse, por fin, libres de la prueba porque han pasado bajo la formidable presión del personalismo, de cuyas garras es imposible escapar sin cruenta lucha, podrán emplearlas en favorables condiciones en bien de la causa de la humanidad, recibiendo por ello la valiosísima bendición del Maestro.

Recíban todos los muy queridos amigos y hermanos de Valencia nuestra más sincera y cordial felicitación.

Valparaiso (Chile).—Hemos recibido el primer número de la revista *Teosofía*, órgano de la logia Lob-Nor, de Valparaiso. Sale a luz en época difícil, por las anormales condiciones económicas

creadas por la gran guerra, y por el número de revistas que se publican ya en lengua castellana. No dudamos, sin embargo, de su éxito; no sólo porque lo augura el del primer número, sino también porque depende de una logia cuya extraordinaria actividad ha sido apreciada por EL LOTO BLANCO en varios números. Le deseamos larga y fructuosa vida. En la sección bibliográfica damos el sumario de este número, que corresponde a Noviembre último.

En la misma ciudad se ha constituído una nueva logia de la Sociedad Teosófica, con el título *Chile*. Su Presidente, Secretario y Tesorero son respectivamente los Sres. S. Rodríguez, G. Eliz y R. S. Linley. Le deseamos larga y activa vida para bien de nuestros altos ideales.

En el pueblo de Santa Teresa (República Argentina), se ha constituído también otra nueva logia, con el título *Alcyone*. Su Presidente, Secretario y Tesorero son respectivamente, D. Cayetano Perrone, D. Severo Mariano y D. Bartolomé Demicheli. Que los Maestros y la fundadora de la S. T. la inspiren por muchos años en su actuación bienhechora.

San José (Costa Rica).—También hemos sido agradablemente sorprendidos por la visita de *Virya*, revista de San José de Costa Rica, después de algunos meses de interrupción. Nuestra enhorabuena por su reaparición; y hacemos votos porque sin nuevos percances, continúe por muchos años esparciendo por el mundo la Sabiduría divina y las benéficas influencias de los Maestros. Este número, cuyo sumario publicamos en su lugar, corresponde al mes de Noviembre último.

Ha dejado el plano físico D. Augusto Agabiti, director de la revista teosófica de Roma, *Ultra*. Su Redacción da las gracias por las muchas pruebas de simpatía que ha recibido con motivo de verse privada de la competencia y actividad del notable escritor. Añadimos nuestro pésame por tan sensible pérdida.

BIBLIOGRAFÍA — Publicaciones recibidas

Sevilla.—ZANONI. Sumario de Diciembre: *Carta a los teósofos sevillanos,* por C. Jinarajadasa; *Armonía espiritual,* por Annie Besant; *Teosofía,* traducido de *A. Guide To Theosophi; El cuaternario inferior,* por el Dr. Bricude; *Algunos métodos del servicio mental*, por F. Every-Clayton; *Pensamiento,* de Confucio; *Lhasa, la ciudad santa; El Sepher jetzirah,* por el Doctor

Encause (Papus); *El objeto de la Co-Masonería*, por Annie Besant; *Hacia la iniciación*, por Max Heindel; *Leonardo de Vinci; Noticias*, y *Correspondencia privada*.

Valencia.—LA LUZ DEL PORVENIR. Sumario de Diciembre: *Las órdenes militares y la masonería*, por Pierre D'Elie; *Del árbol caído...*, por J. Blanco Coris; *Reelección de D. Mariano Anglada para presidente de la Liga de Unión Mental y Apostolado Espírita; Los enemigos del espiritismo*, por Filoteo; *La ley de reencarnación y el pecado de Onán*, por L. Maspons Gasull; *Inspiraciones*, por Angel Aguarod; *La muerte*, por Isidro Viver; *El Cristo viene*, por Fernando Valera; *En el «Faro de Paz»*, por V. C.; *Muy importante*, por B. Bohorques; *Quinto, no matarás*, por B. Salazar, y *La nueva religión*, por H. Leblais.

Tarrasa.—LUMEN. Sumario de Noviembre: *De todas partes*, por la Redacción; *El bergsonianismo en la doctrina espiritista*, por Gregorio Gimenez; *Disquisiciones filosófico-religiosas*, por Fabián Palasí; *Recuerdos de H. P. Blavatsky, medium*, por el coronel Olcot; *El oro del Rhin*, por Mario Roso de Luna; *Revelaciones*, por Amalia Carvia; *Aparición*, por el barón, Basilio von Driesen; *San Juan evangelista*, por el Dr. Abdón Sánchez-Herrero; *Del presentimiento, del conocimiento y de la intuición, considerados como valores filosóficos y metafísicos*, por Quintín López; *Pensamientos*, del Talmud; *Un mensaje a García*, por Elbert Hubbart, y *Tinta reciente*, por Luz.

Id.—ID. Sumario de Diciembre: *De todas partes*, por la Redacción; *Sobre algunos consejos psicológicos*, por el Dr. Abdón Sánchez-Herrero; *Un hecho luctuoso de interés para los mediums*, por Kilogo; *Animismo*, por Juez Edmonds; *Clases sociales*, por Anguel Aguarod; *Aparición y predicción*, por el Dr. Henry la Bonne; *Comunicación espiritista*, por Lontikezpin; *Pintora insospechada y misteriosa*, por Quintín López; *Concepto teosófico de la nueva venida del Instructor del mundo*, por José Sanz Andía; *Un caso extraordinario*, (de Estudios Psíquicos, de Valparaiso); *Izvara-Yoga o soberano poder*, por M. Izvaracharia Brahmachari; *Moral en acción*, por Wenceslao de Izco; *El alma de las plantas*, por M.; *Sobre la paz*, por Amadeo Gallard, y *Tinta reciente*, por Luz.

Id.—ID. Sumario de Enero: *De todas partes*, por la Redacción; *En 1919*, por la Id.; *La humanidad progresa*, por Tirso Moruata; *Un fenómeno telepsíquico*, por Alejo Mouradián; *Profecías acerca de la gran guerra*, por Eugenio García Gonzalo; *Un brujo víctima de sí mismo*, por Kilogo; *Juan Pablo Marat*, por el Dr. Abdón Sánchez-Herrero; *La sucesora de Mme. de Thebes; La fisiología llamada supranormal y los fenómenos de ideoplastía*, por el Dr. Gustavo Geley; *Veracidad*, por Ramakrishna; *Historias y hechos de fantasmas*, por José Soto; *Costumbres*, por Angel Aguarod; *Los espíritus con quienes nos comunicamos*, por Kilogo; *¡No, eso no!*, por G. Lontikezpin; *El misterio de la vida y la muerte*, por el Dr. Luís Testo; *De Sofistas a Multiegos*, por Quintín López.

espiritualista y noticias varias; Asociación «Roma» de la Liga teosófica; Indagaciones psíquicas, por F. Zingarapoli; *Reseña de las revistas; Libros nuevos; Fenómenos; Por la muerte de Augusto Agabiti.*

San José (Costa Rica). — VIRYA. Sumario de Noviembre: *¡La paz!*, por Tomás Provedano; *El segundo advenimiento de Cristo*, por Annie Besant; *El sendero de la iniciación y el perfeccionamiento del hombre*, (de la revista Sophia); *Una señal de los tiempos*, (del American Theosophist); *Advertencia*, de Annie Besant; *La muñequita belga*, por Modesto Martínez; *Los arzobispos católicos y la guerra contra Alemania*, y *Nuestros canjes.*

Santiago (Chile).—NUEVA LUZ. Sumario de Octubre: *La meditación con o sin semilla*, por Annie Besant; *Poesía IV*, por Teresa de Jesús; *En el crepúsculo*, (del Theosophist); *Eficacia en el trabajo*, por C. W. Leadbeater; *¿Qué condiciones definidas un individuo corriente, viviendo en el mundo, puede buscar para prepararse a recibir enseñanzas directas de un Maestro?*, por A. H.; *Crecimiento del niño*, por Annie Besant; *Ciencia y religión*, por C. S. C.; *Pensamientos*, por Gustavo Le Bon; *El crisol, por Alfredo Andueza*, por S. C. S.; *Sensacional acontecimiento teosófico; Distribución de la riqueza*, por Sri Prakasa, y *Bibliografía.*

Id. — ID. Sumario de Noviembre: *El comienzo de un nuevo ciclo*, por A. Besant; *La muerte*, por Mauricio Maeterlink; *Pensamientos*, de Sao-tse; *Salmo panteista*, por Luís Bueno R.; *Reformas sobre la educación*, por A. H.; *Problemas de reencarnación*, por C. W. Leadbeater; *Grandiosidad del astro rey*, por Camille Flammarión; *Consejo*, por Annie Besant; *Funciones de la glándula pineal y del cuerpo pituitario*, por Annie Besant; *El resurgimiento de la civilización hindú*, por Sadi Concha; *El trabajo de la logia Lob-Nor* y *Bibliografía.*

Valparaiso.—TEOSOFÍA. Sumario de Noviembre: *Ofrenda*, por Armando Zanelli M.; *A nuestros lectores*, por la Dirección; *Nuestro programa y nuestros propósitos*, por Homero Castro N.; *Cómo vivir el rajah yoga en el mundo de los hombres*, por el Dr. Eug. Morisot; *Dharma*, por L. Andueza; *Orden de la Estrella de Oriente*, por G. S. Arundale; *¿Qué es teosofía?*, conferencia dada por un miembro de la logia «*Lob Nor*»; *Reseñas de las sesiones de la logia «Lob Nor»*; y *La desigualdad de la condición humana y la Teosofía*, por E. O. F. Harrington.

Id. — REVISTA DE ESTUDIOS PSÍQUICOS. Sumario de Diciembre: *La reencarnación según Leadbeater*, por E. V. D. B.; *Navidad*, del Lotus Bleu; *Talismanes*, de La Revista Teosófica; *La magia en la iglesa católica*, por Howard E. White; *Fe trascendental*, por Angel Aguarod; *Bibliografía*, por C. von Norden, y *Ecos y notas.*

También hemos recibido un folletito de Ciro F. Méndez, de México, titulado *En busca del camino hacia la paz mundial.* Damos al autor las más expresivas gracias.

Imp. de J. Sallent y C.ª — San Quirico, 32. — Teléfono 520. — Sabadell.